

ZAPATOS NUEVOS

—Mimita, ¿me acompañas a comprarme una blusa nueva?

—Sí, tía, por supuesto.

—Y también unos zapatitos.

Violeta lleva más de cien cuecas en el cuerpo. Son tantas las cepilladas y zapateos que la tela de su uniforme se ha desgastado. También la suela de sus zapatos. Se viene el invierno, por lo que Mónica —como se llama su sobrina, de apodo Mimita— le insiste a Violeta que mejor opte por una falda pantalón, para así enfrentar como se debe la temperatura a la que se va a exponer en los eventos en que ha comprometido su participación.

—Va a estar helado, tía, tiene que abrigarse —argumenta Mónica.

Pero ella quiere una falda, porfía por ello, tiene que ser una falda, ese es el traje con el que el mundo la ha conocido. A ella y a sus compañeras. Le cuesta ceder en estas cosas a Violeta, pero escucha a su sobrina. Recorren un *mall* hasta comprar en la topísima tienda Forever 21, donde casi solo compran adolescentes. Pero Violeta entra sin miedo, abriéndose paso, orgullosa, entre la juventud que la observa con toda su historia sobre sus hombros. Es una metáfora de su misión, esa que busca dejar un legado en las nuevas generaciones. Violeta va a comprar al corazón de la

juventud, a Forever 21, a un *mall*, porque en todos lados debe conocerse su historia.

Sabe que se vienen ocho largas horas de participación en un acto por la memoria y los derechos humanos; sabe que sus piernas no pueden ceder; sabe que necesita estar cómoda para resistir. Los años no han pasado en vano sobre su cuerpo. La artrosis le ha impedido participar de varias actividades, pero ella no está dispuesta a quedarse en la casa por culpa de una enfermedad. Ha dedicado casi cincuenta años de su vida a la búsqueda, a la denuncia, a la memoria por Pedro. No se la va a venir a ganar un dolor de huesos, el ardor de las frágiles rodillas.

Los viernes, en que la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos da vueltas frente al Palacio de La Moneda en señal de protesta, Violeta siempre está, aunque no vaya a marchar. Lo que hace es llevar una silla y sentarse a mirar, con Pedro en su cartel, con su rostro erguido y firme. Aunque sea solo con su presencia instalada sobre una silla, su lucha está.

Esa es la Violeta que queda en la memoria de su familia. La Violeta que no entiende la vida de otra manera que no sea en la calle, bailando en algún acto, caminando acompañada de gritos de reclamo.

Es la tía Violeta, o más bien la tía Yola —como le dice su círculo más estrecho, recordando la chapa de Violeta en la clandestinidad: Yola Andrade—, aquella que en los últimos meses de su vida se encuentra de improviso con su sobrina nieta en una marcha del Día Internacional de la Mujer, sin que nadie sospeche su asistencia.

Amanda es la hija mayor de Mónica, quien en todas las marchas se acerca a la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos para ver si su tía está. Esa vez no esperaba encontrarla, por todos los problemas de salud que había tenido. Pero para su

sorpresa, ahí estaba, afirmando el lienzo —como le gustaba hacer en todas las manifestaciones— en la primera línea del grupo, sonriendo, con la mano izquierda sosteniendo un cartel con los rostros de las mujeres torturadas, asesinadas y desaparecidas por la dictadura, y con la mano derecha apoyando su humanidad de ochenta y cuatro años en un bastón. Ese 8 de marzo de 2018 sería su última marcha —recuerda Amanda—, quien desde entonces no puede sacar de su cabeza la blusa de la tía, porque era la blusa favorita de Yola, una escocesa de cuadritos blancos y negros.

Por eso es tan importante el aspecto de su blusa, por eso es capaz de recorrer un *mall* completo para hallar la más adecuada, por eso es prioritaria la presentación de sus zapatos con los que la verán bailar. Porque el sentido de la vida de la Yola está en la protesta, la manifestación de su lucha, que contiene en su cumbre la realización del baile. Ese baile, la cueca sola, que es también una secuencia de gestos con un sentido de trascendencia. Un ritual. Eso es para ella bailar la cueca sola. Para Violeta, bailar es un montaje, un rito elegante y doloroso en que se produce el encuentro con un Pedro evocado desde este mundo de sobrevivientes. Para ella, ponerse esa blusa y pararse sobre los zapatos negros significa mucho más que estar bailando sencillamente. Es una *performance* sublime.

La cueca sola significa traer a un hombre a la vida.

Así la ve su familia: en la imagen de una señora de edad esperando que la pasen a buscar a las cuatro de la mañana para ir a grabar una escena de un documental; danzando ante las cámaras frente al Palacio de La Moneda en la Plaza de la Constitución, en absoluta soledad, en estremecedor silencio, antes de que se inicie el alba.

La familia de Violeta es la familia de su hermana Rebeca Zúñiga Peralta. Con Pedro, su amor detenido desaparecido, nunca tuvieron

hijos. No se les dio la situación de ser papás, porque estaban dedicados a otro tipo de vida, a algo parecido a la revolución. El Partido Comunista, que era muy importante para ellos, fue su familia; todo lo que significaba la llegada de Allende al poder era su forma de construir hogar. Al partido lo cuidaban como si fuera su propio hijo.

Al llegar el golpe de Estado, a Pedro y Violeta se les hizo casi imposible pensar en descendencia.

Desde ahí, todo fue resistir.

Salvarse.

Tratar de vivir.

EN BICICLETA

Antes del secuestro y la desaparición, cuando se comportó tantas veces como un padre para sus sobrinos, Pedro Silva Bustos, el tío Pedro, era un hombre tranquilo. Delgado, de rostro ovalado, sonrisa graciosa, frente amplia y un bigote negro bien dibujado. Mónica lo percibe tierno, calmado, con mucho menos carácter que Violeta, que era terca, mañosa, de posiciones muy fuertes.

Así, mansito, Pedro llevaba a su sobrina en bicicleta.

Mientras Pedro conducía con las manos firmes sobre el manubrio, Mónica iba de pie, equilibrada, con las piernas firmes encima de la parrilla de la rueda trasera. En la otra bici, su hermano Mario y la tía Yola en la misma posición. Estaban en la Plaza de Maipú. Una bicicleta era verde y la otra, amarilla. Los hermanos, regaloneados como hijos por Yola y Pedro, como los hijos que no alcanzaron a tener en medio de su revolución, conservarán por años esas bicis, vestigios de una vida en la que eran posibles paseos por un parque sin la amenaza de ultrajes y persecuciones terroristas. Una vida sin chequeos ni contra-chequeos.

Verde y amarillo.

Los colores de la felicidad.

De la cueca cuando no se bailaba sola.

Los tonos oxidados por el reino del tiempo sobre una familia que muy pronto se tendría que separar.

Vivía en la población José María Caro, en la comuna de Lo Espejo, popular barrio al sur de Santiago. Cuando Mimita la iba a ver, Yola la salía a encontrar a la Avenida Central y así iniciaban un camino a casa que se convertía en una ceremonia de saludos. En este lugar todos la conocían y la saludaban con respeto. Jamás le pasó algo en la población, todos la cuidaban y encaminaban. Una vez la quisieron asaltar, pero un muchacho no tardó en interceder. En el barrio se respetaba su lucha.

«Se preocupaba tanto por mí que me llevaba hasta que me subía a la micro, y en el camino pasábamos por una cancha: todos la saludaban con mucho cariño. Ahí va la tía, la tía», recuerda Mónica.

Su imagen, desde que por primera vez bailó la cueca sola en 1978, ya se había convertido en un símbolo, no solo de las familias de detenidos desaparecidos o de la izquierda chilena; era la imagen de un pueblo asediado en poblaciones, un pueblo angustiado y reprimido con más fuerza allí donde nadie miraba. La imagen de la resistencia, de una forma de vida.

Violeta Zúñiga era una mujer espigada, de modales delicados y postura elegante. Sus huesos delgados estaban acompañados por un cuello largo y facciones finas, la nariz puntiaguda, el cabello crespo. Fue una entre los catorce hijos que tuvieron sus padres en el sector de Zúñiga —así, tal como su apellido—, en San Vicente de Tagua Tagua, Región de O'Higgins. Fue la quinta, la tercera mujer. Luego vino Rebeca, madre de Mónica y su hermana más cercana, a cuya familia se unió tras la desaparición de Pedro.

Violeta y Pedro, la chiquilla elegante y el muchacho sonriente, se conocieron caminando por la Gran Avenida, paseando por Pedro Aguirre Cerda, y no tardaron en unirse como compañeros sentimentales e irse a vivir juntos. Antes de la dictadura vivieron mucho tiempo en un departamento en Viña del Mar —donde Pedro llegó a ser secretario político del regional Viña del Mar del PC—, pero sin abandonar Santiago. En la capital, Pedro solía trabajar en la Vega Central, mientras el resto del tiempo se lo llevaba siempre el partido, donde participaba en todo tipo de actividades con Violeta, quien llegó incluso a salir a la Unión Soviética para realizar tareas políticas.

Pedro nunca tuvo un buen vínculo con su familia sanguínea, no tuvo mayor relación con sus hermanos, por eso se apegó mucho a la familia de Violeta, a su cuñada Rebeca y sus sobrinos Mario y Mónica, cuando se convirtieron en pareja. De hecho, al desaparecer, fue Violeta la que salió a buscarlo con todas sus fuerzas y nadie más, afirma Mónica.

El día del golpe de Estado, Violeta se encontraba fuera de Chile. Andaba en un viaje que incluyó la Unión Soviética y también Italia. Al regresar y encontrar un país sumido en el horror, comenzaron sus años más complicados, conoció el miedo, el ocultamiento, la clandestinidad.

En 1976, el año más sangriento de los agentes represivos contra el Partido Comunista, a Pedro le indicaron que sería bueno que se fuera al extranjero con su compañera. En mayo, en el caso conocido como Calle Conferencia, la Dirección Nacional de Inteligencia (DINA) dirigió una operación contra el Comité Central del PC, en la que fueron detenidos varios de sus miembros en la casa ubicada en la calle Conferencia n° 1587, en Santiago. La mano larga de Manuel Contreras se extendía por todo el territorio nacional, atrapando a los militantes de la hoz y

el martillo que continuaban sosteniendo a la colectividad pese a las prohibiciones del régimen.

Pero Pedro, como muchos comunistas empeñados en salvar la existencia de su partido, que se había convertido en su verdadera familia, dijo que no se iba a ir, y ambos, Pedro y Violeta, se quedaron trabajando en secreto para la subsistencia de su herramienta revolucionaria.

Pedro Silva Bustos fue detenido durante la tarde del 9 de agosto de 1976, en la calle, en momentos en que caminaba a tomar su puesto de trabajo, como cargador, en la Vega Central. Tenía treinta y nueve años. Cayó en un día funesto para los dirigentes regionales y líderes sindicales del partido, porque esa misma jornada la DINA secuestró también a Víctor Hugo Morales Mazuela —protagonista de otra de las crónicas de este libro—, José Enrique Corvalán Valencia, Jorge Orosman Salgado Salinas y Mario Jesús Juica Vega.

Según la información aportada por *Memoria Viva*, «todos ellos, al igual que Pedro Silva, desaparecieron desde Villa Grimaldi, lugar al cual fueron trasladados y torturados luego de haber sido detenidos. Siete días después del arresto de Pedro Silva, el 16 de agosto, alrededor de las 13:30 horas, su domicilio de calle Catedral fue allanado por tres civiles en momentos en que este se encontraba sin moradores. Los sujetos destrozaron la aldaba que sostenía el candado de la puerta de acceso y tras revisar las dependencias, preguntaron a los vecinos por las actividades de los moradores de la casa y por las horas de salidas y de llegadas, para luego manifestar: “La señora llegará, pero él no”. Los agentes se movilizaban en un automóvil Austin Mini de color rojo, sin patente. Uno de ellos lucía barba, el otro era rubio».

Villa Grimaldi, en los días de dominio militar, se convirtió en el cuartel Terranova, que pasó a funcionar como «el principal centro secreto de secuestro, tortura y exterminio a cargo de la Dirección de Inteligencia Nacional, y se instaló oficialmente

en la antigua Villa Grimaldi a partir de 1974, aunque comenzó a operar parcialmente a fines de 1973», como apunta el sitio web, y que en la actualidad funciona como un lugar de memoria. «Allí funcionaba la Brigada de Inteligencia Metropolitana (BIM), encargada de la represión en la ciudad de Santiago. Villa Grimaldi era un lugar que reunía características idóneas para su oscura nueva función, tales como una ubicación estratégica en una zona agrícola a las afueras de la ciudad y su cercanía al Regimiento de Telecomunicaciones del Ejército y al aeródromo de Tobalaba».

Sobre los días de encierro de Pedro en Villa Grimaldi da cuenta el testimonio del exprisionero Isaac Godoy Castillo, quien permaneció en ese recinto desde el 20 al 26 de agosto de 1976. Godoy recuerda —como consigna *Memoria Viva*— que conversó en varias ocasiones con Pedro Silva, quien le manifestó que un día «habían sacado a Mario Juica del recinto y no había regresado; en otra oportunidad le manifestó que a él le habían pedido su abrigo para dárselo al “Chino Díaz” (Víctor Díaz López, máximo dirigente del Partido Comunista en la clandestinidad, detenido el 12 de mayo de ese año), a quien después divisó de lejos portando su abrigo».

Luego, muy pronto, llegó la muerte y la desaparición.

Desde muy temprano, Violeta inició acciones judiciales que siempre chocaron con la negativa de jueces y tribunales, que no hicieron más que archivar las causas, sobreseer, patear, ampararse en la Ley de Amnistía, logrando dilatar una respuesta que la viuda de Pedro comenzó a buscar cada vez con mayor energía en las calles, donde su rostro y voz comenzaron a ser reconocidos.

Mientras, no dejaba de recibir amenazas, hostigamientos e informaciones para mancillar su resistencia. Una vez le dieron una suerte de indicación respecto del paradero de su marido, «a

quien se había dado muerte» y «tirado al mar» en abril de 1977 —recoge *Memoria Viva*—; y que «tenían en su poder las ropas de este». Varias de las amenazas eran firmadas por un autodenominado «Comando Carevic».

Mónica recuerda que a su tío Pedro lo andaban buscando desde hacía años, antes de su detención. Eso le contaba su madre, Rebeca. Durante largos periodos el dirigente político y sindical pasaba a la clandestinidad. «Se perdía por meses, y lo hacía para no involucrar a nadie de la familia.»

En cierta ocasión, en diciembre de 1976, el general Augusto Pinochet respondió una carta enviada por el obispo de Talca, Carlos González, quien preguntaba por las circunstancias del trágico hallazgo de los restos de Marta Ugarte Román, militante comunista cuyo cadáver apareció en la playa La Ballena, en Los Molles, y cuyo crimen la prensa oficialista catalogó de «pasional», cuando en realidad la mujer, de cuarenta y dos años, había sido lanzada al mar luego de los más cruentos métodos de tortura aplicados por los agentes de la DINA. Al reconocerla, tras el hallazgo por parte de un pescador que la encontró con su piel quemada, con alambres colgando de su cuello y brazos y varios huesos rotos, sus hermanas notaron que «su brazo izquierdo, desgarrado por un corvo, apenas se sostenía en su sitio, que las manos no tenían uñas y que le faltaba una parte de la lengua», como sostiene la periodista Ivonne Toro en un reportaje publicado por *The Clinic* en 2016.

En su carta, monseñor González adjuntó una declaración jurada de Pedro Rolando Jara Alegría, quien estuvo prisionero en Villa Grimaldi, siendo testigo ocular de la presencia de Marta Ugarte y de otros prisioneros en ese recinto, entre ellos, Isaac Godoy Castillo, quien a su vez es testigo de la reclusión de Pedro Silva Bustos. El 6 de diciembre, Pinochet respondió al obispo que «la declaración jurada es de fecha noviembre 9 de 1976. Según los archivos de la Sección Control Internacional de Fronteras,

ese mismo día el señor Jara abandonó el país por Pudahuel, con destino a Dinamarca, lo cual indica la calidad de persona que Ud. tan gentilmente acoge. Creo que él cumple lo que dice su calidad de comunista». En su respuesta, el dictador acompañó la declaración jurada de cinco personas involucradas en la declaración de Jara «y que fueron ubicadas después de varias diligencias, las cuales desmienten totalmente lo aseverado por Jara. El resto de las personas indicadas en la declaración no existen. Se supone que son nombres inventados por el declarante».

Pero Pedro Silva Bustos, el compañero de Violeta, sí existe, y ella se encargará de gritar su nombre y exigir la verdad de su destino donde sea que le toque hacerlo. Ese será, desde entonces, el sentido de su vida. Buscarlo, aunque en ello se le vaya la voz y se le gasten las suelas de los zapatos.

Junto con insistir ante la cooptada justicia, y recurrir a ministerios y toda clase de organismos internacionales, Violeta se empoderó de la calle. Así lo muestra un registro audiovisual publicado por el programa de televisión *Chile, las imágenes prohibidas*, estrenado en 2013. En él se ve a Violeta, vestida con un abrigo azul y una blusa roja, acompañada de dos mujeres en el centro de Santiago. Acaban de ser reprimidas por Fuerzas Especiales de Carabineros. Agua contaminada y lacrimógenas asedian sus cuerpos.

Violeta ruge:

«¡Hasta cuándo tenemos que soportar esto por ustedes, no se dan cuenta de lo que hacen, miren lo que hicieron, ¿les gustaría que hicieran eso con su gente, con sus mujeres? Yo creo que no les gustaría, ¿cierto?, y lo hacen con nosotras, represión hacia nosotras las mujeres que andamos pidiendo justicia por nuestros detenidos desaparecidos, por todas las víctimas de la represión que hay hoy día en Chile, y cómo nos dejan estos asesinos, ¡criminales!»

No tiene miedo a los golpes en las plazas, a las cadenas apri-
sionando su vientre en las protestas en el Palacio de Tribunales
o el Congreso. Tampoco tiene miedo al hambre. Así lo indican
las fotos que la muestran como una más entre las mujeres de la
huelga larga, la de diecisiete días, la de Herminda y Elsitá, en la
parroquia Don Bosco.

O quizás sí.

Sí siente el poder paralizante del miedo, en ocasiones.

Pero no hay ninguna posibilidad de manifestarlo.

Acusar recibo del temor no es algo admisible en su vida.

Es el sino de sus días.

A CANADÁ

Luego de la desaparición de su compañero, la tía Yola entró en
reiteradas oportunidades a la clandestinidad, asediada por ame-
nazas y provocaciones, y en dos ocasiones hasta viajó a Canadá
para resguardar su seguridad; precisamente a la ciudad de Ed-
monton, capital de Alberta, hasta donde llegaron a exiliarse su
sobrina Mónica junto a sus hermanos y padres. Andrés, el me-
nor de los hermanos de Mónica, nació a los tres meses de haber
llegado la familia a Canadá, en 1978, provocando un enorme
sentimiento de apego en su tía —pese a la inmensa distancia—,
que hacía solo dos años había perdido a Pedro. Violeta asumió la
responsabilidad de ser su madrina, lo que lo llevó a ser aún más
regalón entre los tres hermanos, todos mimados por una mujer
que encontraba en ellos la ternura que la vida le negaba en las
calles de frío y soledad santiaguina, aquellas avenidas en las que
no dejaba de gritar el nombre de Pedro frente a los policías y
sus gases, resguardada nada más que por la tela de su abrigo azul;
tela que ocultaba del mundo la piedra que llenaba de angustia el
centro de su corazón.

Mario, el cuñado de Violeta —padre de Mónica—, fue un sindicalista de la Industria Nacional de Neumáticos (INSA), que estaba ubicada en Maipú, en el camino a Melipilla. Allí fue tesorero y llegó a tener bastante poder, aunque sin militar en un partido político. Por esta razón fue perseguido durante los primeros años de la dictadura, lo que lo obligó a optar por otro lugar para vivir, uno con otra lengua, otra cultura, otro clima, una casa ajena a la que se tendría que acostumbrar. Porque lo primero para un padre es proteger a su familia, así debería ser, o al menos eso es lo que pensó Mario en años en que su propio hermano también fue detenido y exiliado.

Yola visitó en dos ocasiones Canadá. La primera fue a comienzos de la década de los ochenta, oportunidad en que tuvo que salir rápidamente de Chile por razones de seguridad; y la última vez fue poco antes de la llegada de la democracia, en 1989.

Violeta siempre regresaba. Su país era Chile y su lucha por Pedro no le permitía pensar en el exilio. No iba a ser una ciudadana canadiense jamás.

Pero hubo una tercera vez en el país del norte que marcó para siempre su relación con ese vasto territorio. Fue después del retorno a la democracia. Esta vez, eso sí, Yola no volaría sola. Con el Conjunto Folklórico de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos recorrieron cinco ciudades de Canadá. Cruzaron el país junto a organizaciones de derechos humanos mostrando la cueca sola. La cueca, el baile nacional en que un hombre y una mujer simulan el cortejo del gallo a la gallina, realizada al otro extremo del planeta, cantada y bailada en recintos cubiertos de nieve, bajo el frío polar jamás sospechado como escenario de una denuncia performática tan chilena.

Mónica, que tras tantos años en el exilio aún conserva un acento agringado en su español, que todavía habla y piensa en inglés, teniéndose que corregir al usar conceptos que en Chile no le entenderían, rememora ese tiempo en el que le tocó recibir a su tía, y solo puede sentir orgullo. Recuerda su propio

regreso a Chile, a inicios de los noventa, y ve a la tía encadenada en el Congreso, o instalada en una mesa de reuniones con las señoras de la Vicaría de la Solidaridad.

«Ella es como mi mamá, es la hermana de mi mamá, pero jugó un rol de mamá para nosotros, siempre. Con mis hermanos éramos como los hijos que ella no tuvo. Ya van a ser casi treinta años desde que volví a Chile, pero mi hermano mayor y menor viven en Canadá; ellos están ahora en Chile, porque a mi papá le diagnosticaron un cáncer cuyo tumor no pudo ser removido, así que está en sus últimos días de vida. Mis hermanos vinieron para acompañarlo hasta el final.

»Debemos mantener la memoria de su lucha, porque ella se fue sin haber tenido la más mínima tranquilidad, nunca supimos nada más, quizás lo lanzaron al mar. Debemos mantener ese legado de toda una vida dedicada a buscarlo, el sacrificio de una mujer, y también debemos traspasarlo, yo se lo traspaso a mis hijos, que eran como los nietos de mi tía, Amanda y Diego. A mi tía todos los domingos la íbamos a buscar y salíamos a comer, a hacer compras para la casa, era nuestro día familiar. Ella asumió este rol maternal, estuvo eternamente con nosotros; aunque no fue madre de sangre, fue un rol que perdurará para siempre. Mi hija Amanda está muy metida en los temas de Derechos Humanos; mi tía conversaba mucho con ella, conoce los detalles de lo que pasó. Es un legado que tomamos con mucha responsabilidad, que a mis hijos he traspasado, y que ella misma les traspasó. Yola dedicó su vida a buscar a mi tío, con todas las consecuencias personales que ello le trajo. Fue una búsqueda de casi cincuenta años.»

ELLAS BAILAN CON STING

A todos quienes recuerdan ese día se les erizan los pelos. Hacer en Chile, en un lugar con el peso dramático del Estadio Nacional,

el concierto más trascendente luego del retorno a la democracia, remueve los sentimientos más íntimos entre chilenos y chilenas. «Desde Chile... un abrazo a la esperanza» fue el nombre que Amnistía Internacional eligió para llevar a cabo los dos conciertos realizados en Santiago los días 12 y 13 de octubre de 1990.

La presencia inédita y masiva de artistas de impacto mundial, comprometiéndose con un grito de verdad y justicia, fue conmovedora.

Sobre el escenario se presentaron, por solo cuatro mil pesos, figuras de la talla de Sinead O'Connor, Tracy Chapman, Sting, Peter Gabriel, New Kids on the Block, Jackson Browne, Luz Casal, Wynton Marsalis, Rubén Blades, Inti Illimani, Congreso, Los Ronaldos, Fernando Saunders, entre otros; todos, unidos detrás del llamado a respetar los derechos humanos, en un país de aún frágiles libertades, con un dictador anclado en la comandancia en jefe del Ejército, con oficiales capaces de no pedir permiso al presidente Patricio Aylwin para iniciar una parada militar.

Ambas jornadas partieron con un contundente minuto de silencio por todas las víctimas de los crímenes de lesa humanidad cometidos en el país durante los anteriores diecisiete años; vejaciones realizadas también en el mismísimo suelo que ahora pisaban los artistas alzando la voz, los artistas que no habían podido venir años atrás, cuando Amnistía Internacional quiso hacer el mismo concierto, que el régimen impidió y debió celebrarse en Argentina.

—Quiero pedir un minuto de silencio por los que cayeron en este estadio —dijo Sinead O'Connor, quien leyó de forma ceremoniosa lo escrito sobre un papel blanco, doblado, y luego miró al frente, a los ochenta mil asistentes, conmovida, tocada, sintiendo propias las pérdidas, dejando relucir su característica calva y unos ojos preciosos de color inclasificable.

Y el silencio rindió culto, dolido y respetuoso, a todos los fusilados, a los golpeados por puños y culatas, a los electrificados de ayer que ahora esperaban cantar, en tanto supervivientes,

entre decenas de miles de almas, «Nothing Compares 2 U» sobre el césped que años atrás casi presencié sus propias muertes de muchachos heridos de población periférica.

«Nada puede evitar que estas solitarias lágrimas caigan», dice parte de la canción que inmortalizó a la cantautora irlandesa.

El abogado Peter Duffy, presidente mundial de Amnistía Internacional, definió el concierto como un acontecimiento «tremendamente simbólico». El Estadio Nacional, dijo en conferencia de prensa, «fue escenario de torturas y asesinatos hace diecisiete años, un símbolo de la desesperación».

El recinto deportivo, al que llegaban los jóvenes de todo el país para disfrutar de la música, era el mismo donde solo ayer acudían madres y hermanos sollozando, pidiendo la más mínima información, la más paupérrima prueba de vida de detenidos sin registro, de masacrados sin razón. Eran las mismas rejas sobre las que asomaba su nariz, todos los días, Nelly Andrade, la compañera de Gerardo Rubilar, vestida de uniforme escolar, esperanzada en poder ver su rostro, o al menos algún gesto reconocible, a decenas de metros de distancia. Era el mismo estadio que hacía diecisiete años hizo pasar hambre y sufrir torturas a Vladimir Salamanca, el quinceañero que vio como fusilaban a militantes tan comprometidos como él y sus hermanos; y cuyo rostro fotografiado tras los barrotes sirvió para la impresión de miles de afiches solidarios repartidos en las calles de Alemania bajo el lema de *Freiheit für die politischen gefangenen* («Libertad para los presos políticos»), afiche que hasta hoy luce enmarcado en el living de la casa de los Salamanca, en La Legua, como testigo de una prisión que no se olvida. «Hacer en este estadio el concierto es un símbolo de que el cambio es posible. Queremos mirar el futuro con esperanza, pero sin olvidar el pasado», argumentó, ilusionado, Peter Duffy.

La esperanza recorrió el mundo en una imagen, quizá la más impercedera del evento, cuando Sting, el otrora líder de la banda británica The Police, cantó la noche del domingo, danzando

con una decena de mujeres chilenas que portaban rostros en sus manos.

Las luces del escenario estaban bajas. Los dos botones superiores de su camisa negra, desabrochados. Parte de su pecho se dejaba ver bajo su cabello rubio. La expresión ansiosa de su rostro indicaba que lo que venía quedaría entre las cumbres de su carrera. *One, two, three, vamos.* Los acordes fueron reconocidos de inmediato por el público. Lo que todos estaban esperando, por fin comenzaba. La melodía, ya identificada, era alabada. Ahora, la voz:

¿Por qué están aquí bailando solas?

¿Por qué esta tristeza en sus ojos?

Hay soldados también,

¿por qué desprecian el amor?

Danzan con los muertos,

los que ya no están,

amores invisibles,

no dejan de danzar,

danzan con sus padres,

sus hijos también,

y con sus esposos,

en soledad, en soledad.

Rostros en blanco y negro, mujeres y hombres muertos, ejecutados, desaparecidos, asomaban como podían, en forma de afiche, cartel o chapitas desde la oscuridad de la cancha colmada. La quietud ceremonial del público antecedió presencias mágicas, como si las vidas pasadas, las vidas perdidas, sombras atiborradas, invadieran la atmósfera, cada centímetro del estadio.

«Un día danzaremos / sobre sus tumbas, libres, / un día cantaremos, al danzar, / un día danzaremos / sobre sus tumbas, libres, / un día cantaremos, al danzar», proseguía Sting.

Con sonrisas, con orgullo, pero también con seriedad, con honor, aparecieron por ambos lados del escenario una, dos, tres, cuatro mujeres, hasta que se volvieron incontables mujeres hidalgas, mientras Sting danzaba y danzaba, entregado a su ritual, y cantaba y cantaba, y recitaba y decía que ellas «danzan con sus muertos, / con sus amores invisibles, / porque ellas danzan solas, / ellas danzan solas,» y ellas estaban allí, mostrando a sus muertos grabados en viejos cartones con sus lentes antiguos, con sus bigotes vencidos, descascarados, sus ojos perdidos, sus otras vidas. Eran viejas pequeñas, encorvadas, algunas un poco más altas, otras erguidas, las arrugas se confundían con sonrisas en las mayores, la experiencia se tomaba por asalto la ingenuidad de las menores. Se agarraban de las manos como podían en medio del nervio de una ceremonia que las pondría en todas las pantallas, con sus faldas y sus blusas, con sus negros y sus blancos, luego de tantos años de censura y privación. Los aplausos de la masa, de los niños y adolescentes que esperaban a sus tíos, a sus abuelos arrojados; los rostros asombrados; el semblante de Javiera, la hija de un degollado; ya eran uno con las banderas chilenas que flameaban cada vez con menos timidez.

Así comenzó el baile.

Sting tomaba a cada una de la mano, de izquierda a derecha iba avanzando, y bailaba dos o tres pasos, daba tres o cuatro vueltas, sonreía y las dejaba en su lugar, para luego tomar a la siguiente. Todas bailaron con Sting. Ellas ya no danzaban solas. Ellas bailaban con Sting. Las percusiones latinas tomaban el ritmo de la música. Los brazos que levantaban los rostros de los ausentes jamás aflojaron. Se cansaban, pero no caían. Eran brazos que preferían morir de cansancio. Apareció una guitarra. Se sumó un pandero. Se reunieron las mujeres del conjunto folklórico que ahora iba a tocar.

Para que ella bailara ante el planeta.

Frente a una audiencia jamás imaginada.

Violeta bailó.
El estadio estaba a sus pies.
Violeta Zúñiga bailó su verdad, Violeta bailó la verdad.
Violeta baila sola.

*Mi vida en un tiempo fui dichosa
Mi vida apacible eran mis días
Mi vida mas llegó la desventura
Mi vida perdí lo que más quería
Me pregunto constante ¿dónde te tienen?
Y nadie me responde
Y tú no vienes, mi alma larga es la ausencia
Y por toda la tierra pido conciencia
Sin ti prenda querida triste es la vida.*

Violeta bailó también, luego de la interpretación de Sting, la composición de la folklorista Gala Torres. Fue su homenaje personal, una canción dedicada a las mujeres de los caídos, una imagen que forma parte de la historia de un sector ocultado del país, el sector de los vencidos, esos a los que no se debe prestar demasiada atención porque pueden ser peligrosos.

Pero la cueca sola se convirtió también en un símbolo de la historia de todo Chile.

Es la imagen que tampoco podrá olvidar nadie jamás en su familia.

«Uno de los hitos que más me impactó —reflexiona su sobrina Mónica— es cuando ella bailó la cueca sola con Sting en el Estadio Nacional... Son sensaciones, sentimientos mezclados, entre orgullo y una pena increíble, porque derivado de lo que ocurre con mi tío Pedro ella se hace conocer, pero lo que ella vivió fue horrible, lo que perdió y lo que tuvo que sufrir; y en esa soledad llevó esta búsqueda, porque además siempre sintió esa preocupación de que algo le podía pasar, y no solo a ella.

En estos últimos años, me decía Mimita, todo es política, y todo puede volver a pasar, puede pasar de nuevo lo que pasó con Pedro, dígale a la Amandita que tenga cuidado en las marchas. Yo sentía que había un poquito de paranoia a lo mejor de que nos pasara algo a nosotros, miedo de que a otro más de los suyos le pudiera pasar algo así.

«El hito del Estadio Nacional es fuertísimo, ya que llega a un nivel internacional, pero es contradictorio, en el sentido de que este conocimiento nace de algo tan doloroso.»

Pero para Mónica, pese al dolor, en ese baile sí pervive la esperanza.

«Ella sentía que era una cueca sola dedicada a mi tío, era para él, era un baile con él: por muy sola que ella estuviera, era con él. Para la tía Yola el baile de la cueca sola se trataba de expresar que necesitaba a su pareja, de decir que no lo tenía y que en ese baile sí lo tenía, lo podía sentir, lo podía palpar, ese era el momento de ella con él.

»Y a lo mejor sí estaban juntos.

»En ese momento sí estaban juntos.»

LAS IMÁGENES PROHIBIDAS

En 2013, en conversación con Benjamín Vicuña para el programa *Chile, las imágenes prohibidas* —producido por Chilevisión para la conmemoración de los cuarenta años del golpe de Estado—, el actor le comentó que en casi todas las imágenes de manifestaciones callejeras que revisaron, o de grandes hitos de la restauración de la República, obtenidas para la realización de ese programa, ella estaba presente. De una u otra forma.

—Usted siempre está.

Es verdad, Violeta siempre estuvo. Así como estuvo en la legendaria presentación de Sting en el concierto de Amnistía

Internacional, compartió también con Bono, el líder de la banda irlandesa U2, casi una década después, el 11 de febrero de 1998, en el Estadio Nacional. Fue para la interpretación de una de sus más populares canciones, *One*, que Bono subió al escenario a decenas de mujeres, otra vez con sus carteles, preguntando «Dónde están».

Mientras ellas paseaban detrás del ídolo del rock, las palabras de Bono interpelaban directamente a un tirano aún en el poder:

«Esta noche les queremos agradecer por dejarnos cantarle a este hermoso país, y desearles bien para el futuro, pero muchas veces, para avanzar hacia el futuro, es necesario enfrentar el pasado. Yo le pido al señor Pinochet: dígales a estas madres dónde están sus hijos. Solo una cosa: dígales dónde están sus hijos, sus esposos, así ellas podrán decirles adiós. Y de esta manera, Chile le podrá decir adiós al pasado. Nosotros no lo juzgamos. Dios es su juez. Por favor, entregue a los muertos de vuelta a los vivos.»

Es un tirano, en una paradójica democracia, que aún está a cargo de las armas del país, a dos años del término del siglo; un militar con su uniforme manchado de sangre que está a un mes de entregar la comandancia en jefe del Ejército al general Ricardo Izurieta Caffarena, quien desde 1999 integraría la mesa de diálogo convocada por el presidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle, con el objetivo de avanzar en la búsqueda de las víctimas de desaparición forzada de la dictadura cívico-militar.

La instancia daría como principal resultado la emisión de una lista por parte del ejército, en 2001, con la información del destino final de doscientos prisioneros. «De ellos, ciento veintidós figuran como lanzados al mar y veintiuno arrojados a ríos y lagos. En aquella lista, otros veinte prisioneros figuran como NN sin destino final», según informa el Programa de Derechos Humanos del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos. Es la triste lista que quedaría en entredicho con la aparición de

cuerpos en tierra. Es el caso de Juan Rivera Matus, que apareció en los terrenos del fuerte Arteaga, a pesar de que se informó oficialmente de que su cuerpo fue arrojado desde un barco a la altura de San Antonio. O el caso de Samuel Lazo Quintero, inscrito en la lista de lanzados al mar, pero identificado en el patio 29 del Cementerio General años atrás.

«El caso de don Samuel Lazo se viene a sumar a todo lo que ya habíamos señalado respecto de la falsedad del informe de la mesa de diálogo. No cabe ninguna duda de que se van a seguir sumando casos, porque ya en su oportunidad, cuando los organismos de Derechos Humanos hicieron un análisis de cada uno de los nombres que aparecían en la mesa de diálogo, todos ellos, de alguna u otra manera, eran cuestionados, ya que muchos de ellos ya estaban en el Instituto Médico Legal, algunos nunca habían sido lanzados al mar. El caso más claro fue el de Juan Rivera Matus; está también el caso de la calle Conferencia, en virtud del cual se presentó la tercera querrela por obstrucción a la justicia. Están las bolsas que se encontraron en el caso de Calama. Suma y sigue», declaró en su momento la abogada de derechos humanos Julia Urquieta.

Pero antes de la mesa de diálogo, antes de la llegada al poder del general Izurieta, ocho meses antes de la más insospechada detención de Pinochet en Londres, aquí estaba Bono, en el Estadio Nacional, cantando, con su traje negro lleno de puntitos blancos; con las mujeres de ropas coloridas dando vuelta por todos sus costados.

One love, one blood
One life, you got to do what you should
One life, with each other
Sisters, brothers

Terminó la canción, pero no el mensaje. Con un inmenso corazón rojo alumbrando la pantalla de fondo, tomó la palabra Sola Sierra. «Hablo por mi esposo Waldo Pizarro Molina, detenido el 15 de diciembre de 1976.» Así lo hacen todas las mujeres allí presentes. Violeta, la tercera en hablar, sube el volumen por «mi esposo Pedro Silva Bustos, detenido y desaparecido el 9 de agosto de 1976». Bono vuelve a cantar. Las voces no se apagan: «Soy madre de Héctor Marcial Garay Hermosilla, detenido y desaparecido el 8 de julio de 1974. ¡Exijo justicia!».

Violeta sabe del peso de su historia. Por eso, cuando se encuentra con Benjamín Vicuña para bailar la cueca sola en el mismo salón donde la bailó para la franja del NO, en 1988, llora. Bailar otra vez en soledad, sobre las mismas baldosas desde las que informó al país en cadena nacional de su existencia, la emociona.

«Estoy muy contenta, y muy feliz, por eso les agradezco en el alma, como un homenaje hacia él. Estoy siempre luchando, porque siempre digo que la lucha se gana en la calle. Todas las luchas se ganan en la calle, y nosotras como Agrupación de Detenidos Desaparecidos las luchas las hemos ganado en las calles. Con los jóvenes y con toda la gente que nos apoyó en ese momento [de la dictadura], a ser parte de todo este problema que llevamos encima; golpeando puertas, cantando las canciones relacionadas con nuestro problema familiar. Así que es bonito.

»Para mí no hubo nada (de justicia y reparación), solamente conviví con mi compañero veinticinco años: él tenía diecisiete y yo tenía dieciocho (al momento de conocernos). Me dieron una pensión de gracia, así que con eso me mantengo; menos mal que quedé sola, no tuvimos hijos ni nada, pero ahí estoy, con mis dos perros [...]. Hasta aquí no he encontrado el amor, es una vida entera, pero bueno. Yo nunca pensé que iba a desaparecer, nunca, pensé que lo iban a detener, pero no a desaparecer. Siempre (viviré) con la esperanza, eso no se pierde nunca.

«Cómo pasa el tiempo, ya son cuarenta años. Pedro desapareció hace treinta y siete años, y cada día uno va mermando, tiene menos energía, dan ganas de seguir luchando, pero a veces las fuerzas se acaban un poco. Pero la luchamos hartos, y esos son recuerdos que quedan, y soñamos siempre con esos recuerdos de atrás, por muy duros que hayan sido.»

Diez años después, para la conmemoración de los cincuenta años del golpe de Estado, del inicio de la dictadura sangrienta, Violeta ya no pudo estar.

Pero al momento de morir, en 2019, Violeta se fue tranquila. Sabe que hizo lo correcto.

Cierta vez, el documentalista Daniel Miranda le preguntó —para el trabajo de su obra *El baile de los cisnes*, aún inédito— qué haría si en este momento, en los últimos días de su vida, viera aparecer a Pedro por su puerta.

«Yo no sé qué haría si lo viera entrar por esa puerta, todo viejito, y que me dijera: “Violeta, no me buscaste...”»

Pero sí lo busco.

Todos sabemos cuánto lo buscó.

HASTA EL FINAL DE LAS ESTRELLAS

Nunca tuvo la necesidad de emparejarse de nuevo. No se le pasó nunca por la mente ir a alguna cita o preguntar por el teléfono de un hombre en un restaurante. En algún momento decidió que su vida era Pedro. Y si él no aparecía, pues su vida entonces sería buscarlo. En una de las ocasiones en que viajó a Canadá trató de aprender inglés, y en el grupo de aprendizaje un hombre pareció interesarse en su mirada profunda, sus gestos severos, sus movimientos elegantes, sus cabellos todavía crespos. Se lo contó a Mónica con disgusto.

—Me quiso tomar de la mano, qué se cree.

El tema afectivo con otro hombre no existió jamás; no se abrió siquiera a la posibilidad: por convicción, por decisión; no por falta de oportunidades. Nunca dejó de ser muy buenamoza, carismática y dueña de un carácter con el que no pasaba desapercibida, una personalidad marcada por valores que se encargaba de demostrar. No era dócil. En lo que tenía que ver con sus pensamientos más fundamentales era firme, lo que no le quitaba su lado más cariñoso, ese de tomar las manitos de sus sobrinos, de llenar de besos a los chicos.

Lado cariñoso que también expresó en letras de su creación. Violeta siempre escribió. Pensaba, analizaba, sentía y luego escribía. Así dio vida a un poema —recogido en el libro *La cueca sola*, de Flavio Salgado Bustillos—, que guardó con tanto cuidado como secreto en un cajón. Un poema para Pedro, a quien llevaba en todo momento consigo, cuya compañía jamás desapareció de su mente ni de su piel, lo que hacía casi imposible que sintiera amor por otro hombre.

Un poema titulado «Hay un pedazo de tierra que se llama Pedro»:

Detrás de un pueblo está Pedro

Luchando, cantando, silbando

También trabajando como obrero en la Vega Central

Sus manos grandes como la tierra que dejaba sus huellas al caminar

Sus manos estaban aquí y allá

Como la golondrina ya dejado el nido

Le han vendado los ojos

Y es detenido desaparecido

Le han torturado y mantienen oculto

Lo han atado de manos

Ya no podrá echarse un saco

De bruces cae

Como un palomo sin alas

*Quiere volar con nosotros
Pedro, aquí tienes un pedazo de tierra
Que es tu camino
La tierra
Es tuya, patria, la hora llega contigo
Tu sangre
De tu patria no podrán arrebatar
Tu semilla crecerá junto a tu pueblo
Pueblo de eternidad
Hoy estás defendido con garras y manos
Junto al campesino y al mar
De norte a sur
De cordillera a océano
En nuestra patria chilena conquistada
Contra las pirañas del loco veneno
Patria de sufrimiento, creció tu imagen
Tu imagen tricolor
El sol nació
El tricolor levantará todas las manos
Que inmoladas fueron
Crecerá con todas las manos juntas
Avanzará hasta el final
De las estrellas
Y junto a ellas con sus rostros
Luchar*

En noviembre de 2018 a Violeta le dio un derrame. Mónica, que vivió con plenitud sus últimos días, recuerda que «un día jueves salimos a almorzar, luego estuvimos en un parque y la fui a dejar a la casa, porque quería preparar una entrevista que le harían el sábado en el edificio en el que estaba viviendo. Fue la última vez que la vieron, porque el domingo ya no contestó el teléfono, y el lunes nos enteramos de que una hermana la había

ido a ver y estaba caída al lado de su cama. Estuvo hospitalizada alrededor de un mes, en diciembre la pasaron a una casa de apoyo médico y en esa casa le vino una infección, la llevaron al hospital Barros Luco y ahí falleció, de la mano de mi mamá y de mi papá. Sabía que éramos nosotros y que estaba mi mamá, su hermana, con ella; yo salí y le dije que me iba para que ella descansara, y sentía que ella se aferraba y se aferraba, estaba muy mal. Dejaron ese último día para que estuviesen todo el día con ella, y a las nueve murió».

ERA ÉL

Al morir la Yola, Rebeca y Mario mandaron a construir una bóveda familiar en el Cementerio General. Decidieron, sin darle demasiadas vueltas, que sus restos descansarían con los suyos, porque formó parte de esta familia, y así sería para siempre.

«Ella era muy reacia a hablar de la muerte, a veces mis papás querían tocar el tema para saber qué haríamos si fallecía, pero lo evitaba. Una vez me dijo: “Yo no sé qué va a ser de mí cuando me muera”, y le respondí: “Pero cómo, usted va a estar con nosotros, no tiene ni qué preocuparse, somos su familia y estará con nosotros”».

Violeta, en su silencio, se sentía en verdad muy sola, por muy acompañada que estuviera los fines de semana cuando se tomaba una cerveza —que le encantaba— al compartir con su sobrina y su sobrina nieta. «Se sentía sola, porque lo que necesitaba siempre era tener a mi tío o saber algo de él, y no lo tenía.»

«Finalmente quedó sepultada en el patio 76, el patio inglés... 76, como el año en que desapareció Pedro... Hay mucho en esta historia que yo siento que ocurre con especial misterio.»

La frase exacta que pusieron como epitafio sobre su tumba la escribió Amanda, su niñita querida, quien no ha amado a nadie más como a Violeta, la tía abuela del amor puro que le hacía

sopaipillas especiales, pequeñas, cuando era una chiquilla. Amanda, quien se tatuó en su brazo derecho un ramito de violetas, las mismas flores que con los años crecieron con fiereza, salvajes, sobre la tumba de la difunta del mismo nombre. Amanda, quien aún recuerda los sueños contados de su tía, aquellos en los que se encontraba con Pedro sobre barcos en el mar. Amanda, la que se quedó con su minúscula piocha dorada con la frase «Dónde están», regalada poco antes del accidente vascular que le terminó quitando la vida. Amanda, la que, cuando hoy acude al cementerio, deja de todas formas una florcita en el patio 29, porque imagínate si él aún estuviera allí, entre los restos anónimos. Amanda, la que sigue marchando cada 11 de septiembre en las calles y el cementerio, con el rostro de Pedro plastificado, porque, como dice a sus veinticuatro años, «mi tía dio su vida por la memoria, no es algo menor, no puedo dejar que, al morir ella, su foto, la de Pedro, quede guardando polvo, no se siente correcto, no está bien, es muy necesaria la memoria, porque la historia se repite y ojalá nunca se repita de esa manera, estuvimos casi así el 2019, lo siento casi como menester el hacer lo que hago y hacemos como familia».

«Violeta, valiente defensora de los derechos humanos, eterna compañera de Pedro Silva Bustos, detenido y desaparecido el 9 de agosto de 1976», dice la inscripción de la lápida.

Fue frente a esa tumba, delante de las palabras del adiós definitivo, que se posó el perro, el más misterioso de los perros.

El que desde ese día dejó de ser un simple animal.

«Mi tía se aferró mucho a dos perros. Uno era Garzón, que se lo regalaron veinte años atrás, en la época del juez Baltasar Garzón —que logró encarcelar a Pinochet en Londres—. Garzón era un perro llorón y regalón hasta decir basta. El otro llegó tiempo después, un día en que alguien lo tiró al jardín de la casa nuestra de Maipú, donde Yola pasó mucho tiempo con mi tío Pedro, donde ella se quedó a vivir por años. Yola se quedó también con el nuevo perro, al que con mi hija le pusimos

Curly, que es «crespo» en inglés. Garzón y Curly la acompañaron durante muchos años. Nunca quiso venir a un departamento para vivir más cerca mío por los perros. Fue muy triste cuando perdió a uno, primero, y al otro después. Se aferró mucho a los dos perros, construyó lazos fuertísimos por décadas.

»Cuando mi tía falleció, nosotros no teníamos esta bóveda, la tuvimos que construir, por lo que pedimos una bóveda momentánea. La trasladamos a su tumba definitiva el 8 de marzo, y en esa ceremonia, mientras un músico cantaba delante de la bóveda, llegó un perrito que se acostó con toda elegancia frente a su nombre, y después se acurrucó por largos minutos. Pienso que ese perrito fue mi tío Pedro. Todo coincide: su búsqueda, el amor por los perros, el nombre de Pedro que por fin aparece mencionado en una tumba, aunque siga desaparecido. Yo siento que mi tío, que por fin pudo descansar con ese nombre escrito en la tumba, estaba ahí.

»Pedro y Yola se encontraron después de la muerte, quiero creer que sí.

»Mi tía no era católica, pero sí creía en algo más allá. El amor de ella traspasaba lo físico, iba más allá, por eso el baile, por eso ese perro que se sentó, por eso no buscó pareja y prefirió los perros. Yo lo tomo como que ellos se encontraron. Es, de alguna forma, precioso. Es con lo que yo me quiero quedar. Toda su vida luchando, cómo no va a estar con él.

»No... él sí tiene que estar.

»Era él.

»Ese perro era él.»

EL BAILE DE LOS CISNES

El baile de los cisnes. Así se llama la película documental inédita que el realizador Daniel Miranda dirigió para mostrar la vida, la

historia y los rincones más íntimos de Violeta Zúñiga en el oca-so de sus días. Pero ¿qué tiene que ver un cisne con una mujer que impresionó al mundo bailando sola?

Daniel recuerda que cuando comenzó el proyecto se iba a llamar así nomás, *La cueca sola*, pero luego se dio cuenta de que ya había un proyecto que se titulaba de esa forma y además le pareció un poco aburrido, encontró que tanto Violeta como todas las mujeres que crearon esta *performance* —como un acto de protesta único a nivel mundial, que marcó tanto en términos artísticos— merecían más que eso. Le parecía que el nombre debía tener un carácter más poético. Así, Daniel llegó al cisne de cuello negro, majestuoso animal que siempre le llamó la atención en sus viajes por Valdivia, donde cada año se realiza el importante festival de cine al que acuden cientos de jóvenes de diferentes partes del mundo.

«En la investigación me di cuenta de que había ciertas analogías que me parecían poéticas, partiendo porque los cisnes tienen una pareja para toda la vida, practican la monogamia, como los pingüinos, los loros. Los cisnes forman parte de ese grupo, de pocos animales, que tienen una pareja única toda la vida. Segundo, porque cuando uno de los integrantes de esa pareja de cisnes, a los que uno está acostumbrado a ver siempre de a dos, fallece, el otro hace un canto. No hace un baile, hace un canto gutural, bien triste, y el cisne que queda vivo queda solo o sola... Eso me pareció muy lindo porque sentía que a través del baile ella también hacía ese canto, un canto de búsqueda, la misma canción de la cueca sola es una búsqueda... “Te pregunto dónde te tienen y nadie me responde y tú no vienes”.

»Y lo que termina de cuajar por completo es la paleta de colores. Los cisnes son blancos y de cabecita negra. Se asemejan mucho a la vestimenta con que bailan aún las mujeres de los detenidos desaparecidos, con una camisa blanca, una sencilla falda negra y la foto de sus familiares en el pecho.

- »Llevándolo a Violeta, que jamás se volvió a emparejar.
- »Siento que fue como un cisne.
- »Un cisne que se quedó nadando en el mar.
- »Buscando justicia.»

Pero no fue solo un cisne.

El día de su masivo funeral, frente a sus restos en el Cementerio General, Lorena Pizarro, entonces presidenta de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, destacó algo que quedó grabado en la memoria de sus compañeras. Algo que, junto a su baile extendido por el mundo, también debe brillar.

«Pucha que era combativa la Violeta, pucha que peleaba con los pacos en las calles. Todos y todas hablan de la Violeta en la cueca sola. Nosotras hablamos también de la Violeta casi como una guerrillera. De esa Violeta les quiero decir que, cuando sabía de acciones armadas del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, le brillaban los ojos de emoción, y decía —en más de una ocasión me dijo—: “¡Qué rabia ser vieja y no poder estar ahí combatiendo con ellos!”»

Esa era Violeta.

El cisne que salía a todas las marchas.

LA JUSTICIA QUE NO SE EJERCE CUANDO CORRESPONDE,
YA ES INJUSTA

En diciembre de 2016, la Segunda Sala de la Corte Suprema de Justicia confirmó la sentencia que condenó a diez años y un día de presidio a Pedro Espinoza Bravo, Carlos López Tapia, Rolf Wederoth Pozo, Juan Morales Salgado y Ricardo Lawrence Miras por su responsabilidad en el delito de secuestro calificado de los dirigentes sindicales Jorge Corvalán Valencia, Jorge Salgado Salinas y Pedro Silva Bustos, «ilícitos perpetrados a partir del

9 de agosto de 1976 en Santiago». Además, el Estado chileno fue condenado a pagar una indemnización económica a los familiares de las víctimas.

El momento del fallo, dictado apenas un par de años antes de la muerte de Violeta en la sala de un hospital, ilumina las palabras que pronunció el padre Pierre Dubois, párroco de La Victoria —aquella población donde Violeta fue a parar para recuperarse luego de su huelga de hambre de diecisiete días—, quien reflexionó sobre la justicia que aparece cuando a las personas que la han buscado ya se les acabó la vida. Según Dubois: «No es suficiente afirmar que la justicia tarda pero llega. La justicia que no se ejerce cuando corresponde, ya es injusta».

«Por mi parte, siento que aún no ha habido justicia por mi tío, no sabemos dónde está; ese fallo solo indica secuestro, que al fin y al cabo no es lo que uno necesita. La justicia llegará quizás cuando alguien hable y diga exactamente qué se hizo y que tengamos sus restos, cosa que dudo que ocurra. Veremos qué saldrá de lo que el gobierno de Boric quiere hacer con su plan de búsqueda de detenidos desaparecidos, a cincuenta años del golpe.»